

Carrera moral y significados del dinero en el trabajo sexual: el caso de Bogotá, Colombia*

Moral Career and the Meanings of Money in Sexual Work: The Case of Bogota, Colombia

Carlos Alfonso Laverde Rodríguez**
Misael Tirado Acero***

Recibido: 9 de agosto de 2019

Revisado: 17 de septiembre de 2019

Aprobado: 20 de octubre de 2019

* Cómo citar este artículo: Laverde Rodríguez, C. A., y Tirado Acero, M. (2020). Carrera moral y significados del dinero en el trabajo sexual: el caso de Bogotá, Colombia. *Revista CIFE: Lecturas en Economía Social*, 22(36), 47-67. DOI: <https://doi.org/10.15332/22484914/5437>

** Doctor en ciencias sociales con especialidad en sociología de El Colegio de México (Colmex). Maestro en ciencias políticas y sociales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, y especialista en historia del pensamiento económico por la Facultad de Economía, ambos títulos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Sociólogo y economista de la Universidad Santo Tomás, y docente de la Facultad de Economía de la misma institución. Correo electrónico: smials1@gmail.com, carloslaverder@usantotomas.edu.co. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0772-0337>

*** Posdoctor en derecho de la Universidad de Buenos Aires; doctor en Sociología Jurídica e Instituciones Políticas de la Universidad Externado de Colombia; especialista en evaluación social de proyectos y especialista en economía de la Universidad de los Andes; y sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Es investigador del grupo Conflicto y Criminalidad y docente en pregrado y posgrados de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Colombia. Correo electrónico: misaeltirado@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1840-1702>

Resumen

A partir de datos etnográficos, se plantea un análisis de la forma en la que se entraman en la lógica del comercio sexual, o a través de él, las esferas de la intimidad y el mercado, de la sexualidad y la afectividad. Se explora, mediante una mirada a la forma en la que se construye socialmente el dinero y las jerarquías morales que produce, cuáles son las condiciones estructurales y afectivas en torno a experiencias personales y laborales de mujeres que participan o participaron en el comercio sexual y que se perciben a sí mismas como trabajadoras sexuales. Para esto, se recolectan una serie de narrativas de trabajadoras sexuales de la ciudad de Bogotá, que abogan por el reconocimiento de sus derechos laborales.

Palabras clave: economía laboral, demografía, elección laboral, Colombia.

Clasificación JEL: J01, J1, J23.

Abstract

Based on ethnographic data, this paper propounds an analysis of the way in which the spheres of intimacy and market, of sexuality and emotions, are weaved together within, or through, the logic of sexual commerce. By means of examining the way in which money is socially constructed and at the moral hierarchies it produces, this paper inquires which are the structural and emotional conditions that surround the personal and work-related experiences of women who work or used to work in sexual commerce and who perceive themselves as sexual workers. To this end, we have gathered a series of narratives of sexual workers from the city of Bogotá who advocate for the acknowledgement of their labor rights.

Keywords: labor economy, demography, work choice, Colombia.

JEL Classification: J01, J1, J23.

[...] Siempre hay una economía moral, un conjunto de reglas, con frecuencia implícitas, que establecen como deben comportarse los actores en el mercado.

FERNANDO ESCALANTE

Introducción

Esta presentación es resultado de algunas reflexiones que tienen el interés de entender cómo las mujeres que realizan una actividad desacreditada se convierten en sujetos políticos y se reconocen de diversas formas frente a la ley y la sociedad¹. Es una apuesta metodológica y conceptual para conocer, por medio de los significados sociales del dinero, las formas en las que trabajadoras sexuales que han participado en organizaciones que luchan por sus derechos laborales se apropian o no subjetivamente de estos derechos. Nos enfocamos, específicamente, en un grupo de trabajadoras sexuales organizadas en Bogotá.

El concepto de apropiación subjetiva de derechos es difícil de asir y existen varios caminos. La ruta a la que apostamos en este documento está dirigida a rastrear esta apropiación en las prácticas sociales de un mercado tan particular como el sexual, mediante la experiencia subjetiva detonada por un sentir del derecho.

Lo interesante de esta propuesta es que permite, mediante los significados que un grupo de trabajadoras sexuales atribuye al dinero, un camino de exploración a una serie de jerarquías morales que explican la forma diferencial en la que se expresa la apropiación subjetiva de derechos.

Proponemos seguir el siguiente orden de exposición. Presentamos el contexto general en el que se desarrolla la investigación, del que se deriva esta reflexión. Posteriormente, planteamos el problema de investigación con relación al dinero como objeto cargado de sentidos, para así esbozar en el primer apartado el enfoque teórico (I). En este se retoman elementos de la sociología económica para abordar el dinero, no como un objeto neutral de intercambio de mercado (de acuerdo con la versión clásica de la economía), sino como un portador de significados sociales que permite construir un mapa de la *carrera moral* en un trabajo desacreditado como es el trabajo sexual. En segundo lugar

1 En el discurso social, la imagen prototípica de quien ejerce esta actividad es femenina y no da cuenta de la diversidad de experiencias entre las mujeres y hombres que se dedican a ella. Este texto reconoce que existe esta diversidad, pero se limita a hablar de mujeres, porque las anécdotas que sirvieron como base para el análisis llevado a cabo fueron provistas solo por mujeres (cisgénero). Los relatos provienen de diecinueve entrevistas realizadas en Bogotá, así como de testimonios obtenidos de la observación participante del autor en cursos y actividades con varias trabajadoras sexuales.

(II), planteamos algunos elementos que nos permiten exponer por qué el trabajo sexual como actividad estigmatizada requiere de quienes lo realizan un proceso continuo de resignificación del dinero para otorgar sentido a las prácticas sociales en la lógica de este mercado. Finalmente, a partir del trabajo de campo realizado con un grupo de trabajadoras sexuales en la ciudad de Bogotá durante el segundo semestre de 2016, planteamos algunos análisis preliminares, para exponer la forma en la que entendemos el proceso diferencial de apropiación subjetiva de derechos.

Contexto de la investigación

El contexto general de la investigación se desarrolla en torno a las trabajadoras sexuales de la zona de tolerancia más importante de Bogotá, que ha sido objeto de desarrollos jurídicos con relación al comercio sexual en la ciudad y en el país.

El marco jurídico respecto a esta actividad en Bogotá y Colombia se acerca a un modelo reglamentarista. Se han dado pasos hacia una formulación legal que permita proteger derechos de tipo laboral, lo cual contrasta con la reciente propuesta presentada al Congreso de la República² para implementar un modelo jurídico como el sueco que, desde una perspectiva neoabolicionista, busca penalizar a los clientes del comercio sexual.

Hasta el 2001, el trabajo sexual en Bogotá no estaba reglamentado, aunque sí era tolerado. Esta actividad no se prohibía, pero tampoco se hacía explícita en el plano jurídico, en donde apenas aparecía como una actividad que se desarrollaba en lugares de “impacto social negativo”³. Después de este año, con el surgimiento de un decreto que reglamentó el trabajo sexual en zonas específicas, comenzó en la ciudad un viraje⁴ hacia una perspectiva reglamentaria que intentó reconocer derechos a estas mujeres, regular y dignificar el trabajo en aspectos tales como la exigencia a los establecimientos para garantizar condiciones adecuadas de salubridad, seguridad y control sobre las trabajadoras sexuales⁵.

2 En agosto de 2017, la congresista Clara Rojas radicó un proyecto de ley para promover la penalización de los clientes que contraten servicios sexuales, como una forma de desincentivar la *prostitución*, tal como se ha realizado en otros países, como Suecia.

3 Así aparece expuesto en el Acuerdo 7 de 1979 emitido por el Concejo de Bogotá, en su artículo 36. Disponible en: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=902>

4 Hablo de viraje porque desde 1948, tal como se evidencia en el Decreto 95 de ese mismo año, en la ciudad se sostenía un enfoque prohibicionista con el que se impulsaba una persecución a quien realizara o se encontrara relacionado con esta actividad. Durante los siguientes años comenzaron a surgir decretos en los que, si bien no aparecía el trabajo sexual como actividad explícita, sí se podía considerar dentro de un marco reglamentario asociado a planeación y usos del suelo en la ciudad, como en el Acuerdo 07 de 1979 y, posteriormente, en el Decreto 325 de 1992. Al no referirse explícitamente a la actividad, se creaba un vacío jurídico.

5 Al respecto se puede revisar el Decreto 400 de 2001, disponible en: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=4539>

Surgieron posteriormente normas que, con cada vez más fuerza, mostraban un interés por los derechos, específicamente laborales, de esta población⁶.

El progreso jurídico señalado dio fuerza a las dinámicas del trabajo sexual en zonas de la ciudad destinadas para ello, como el barrio Santafé, que se ha caracterizado en la historia reciente como el lugar con mayor presencia de esta actividad. Los decretos y políticas de atención institucional se formularon para desarrollarse e implementarse en esta zona.

A partir de la promulgación de estas normas, el número de establecimientos aumentó en el barrio Santafé, lugar que fue denominado como Zona Especial de Alto Impacto. Al mismo tiempo, el ambiente promovió el surgimiento o visibilidad de organizaciones civiles y de instituciones del Estado que tomaron este barrio como centro de su objeto social.

I. El dinero en el comercio sexual

“El que nunca ha visto a Dios, cuando lo ve se asusta”. Con esta frase, Carolina⁷, trabajadora sexual e integrante de la Asociación de Mujeres Buscando Libertad (Asmubuli)⁸, intentaba explicar cómo en el trabajo sexual el manejo del dinero no resulta tan elemental como su simple acumulación y distribución. Cuando Carolina comenzó a recibir sumas de dinero a las que no estaba acostumbrada se replanteó aspectos sobre su administración, pero además sobre sus implicaciones.

Carolina, desde su experiencia, relata que recibir sumas importantes de dinero, en contraste con sus ingresos previos, fue una realidad que para ella resultó problemática. El uso del dinero que comenzó a llegar a su vida producto de su nuevo trabajo implicó un cambio en la relación, no solo con su economía, sino con su contexto social inmediato, en sus formas de pensar el trabajo y, al final, en la construcción de su subjetividad.

Así como Carolina, muchas de las trabajadoras sexuales a quienes entrevistamos⁹ comparten esta realidad. Una de las tantas particularidades del trabajo sexual es que, a diferencia de otros trabajos, el dinero que se puede obtener es variable, incierto, diario,

6 Como se puede ver en el Decreto 188 de 2002, Acuerdo 79 de 2003 o el Decreto 335 de 2009.

7 Entrevista realizada a integrante de la Asociación de Mujeres Buscando Libertad en enero de 2016. El nombre ha sido modificado.

8 Organización radicada en Bogotá que hace parte de la RedtraSex.

9 Las integrantes de Asmubuli entrevistadas trabajan en una zona reglamentada en Bogotá. Pertenecen a un sector de trabajadoras sexuales que optaron por este trabajo después de realizar otros poco calificados y mal pagados. Esta aclaración es importante para hacer notar que no todas las trabajadoras sexuales hacen parte de un determinado sector social; en este mercado predomina la heterogeneidad.

y en ocasiones se percibe en cantidades que resultan desconcertantes, en contraste con las opciones laborales previas.

Claudia cuenta que al viajar por diferentes zonas del país, en algunos sitios lograba percibir sumas tan altas de dinero que le resultaba difícil administrarlo y sentía que lo derrochaba. La forma en la que administraba el dinero Carolina y otras trabajadoras sexuales nos hizo cuestionar sobre la particular y constante tensión alrededor del dinero en este trabajo, y no solo en la forma de distribuirlo. La relación con el dinero no es un problema de cantidades; se trata de la forma en la que se atribuyen sentidos a un objeto social que, por la misma relación con la actividad de la que se deriva, está cargado de múltiples significados.

A diferencia de otros trabajos, el trabajo sexual es una actividad estigmatizada; todas las dinámicas que suceden en su práctica están atravesadas por el descredito social. Las trabajadoras sexuales sufren de variadas formas este estigma, pero además pueden reproducirlo gracias a la interiorización de los discursos sociales que clasifican lo bueno de lo malo, o lo moral de lo inmoral, traslapados con la dicotomía de lo limpio y de lo sucio, como lo plantea Vigarello (1991). Todos estos significados que están implícitos en el dinero.

En este sentido, el dinero es portador de significados y valoraciones sociales. Hay así dinero tan bueno como malo, dinero limpio y sucio, como también hay formas consideradas dignas y otras menos honorables de acceder a él. El trabajo sexual siempre ha estado clasificado en el extremo de los trabajos más desacreditados, pero ¿qué pasa cuando quienes lo realizan lo consideran como una actividad digna y, mucho más aun, luchan por el reconocimiento de sus derechos?

Este es el caso de las mujeres integrantes de Asmubuli que luchan por el reconocimiento de su trabajo. Sin embargo, las dinámicas sociales que estigmatizan esta actividad han dificultado que las lógicas laborales de otros empleos se puedan establecer en este. Así lo menciona Fidelia Suarez¹⁰, quien afirma que las compañeras no ahorran y no acceden a vivienda propia o a un seguro para cuando sean adultas mayores, a pesar de los periodos de incremento de sus ingresos.

Más allá del destino del producto de su trabajo, el dinero en el trabajo sexual implica un proceso de resignificación por parte de las trabajadoras sexuales que establece jerarquías morales dentro de un grupo, como el de las mujeres integrantes de Asmubuli. El dinero en última instancia permite trazar un mapa de la forma en la que se expresa una apropiación diferencial del derecho a partir de un devenir del sujeto.

10 Entrevista realizada a Fidelia Suarez en agosto de 2016, presidenta del Sindicato de Trabajadoras Sexuales de Colombia (Sintraseexo) y líder de Asmubuli.

De los mundos hostiles a los nuevos sentidos del dinero

Si bien el trabajo sexual como actividad económica tiene particularidades que lo asemejan a otros trabajos (ingreso, subordinación, y la prestación de un servicio), se separa de ellos por estar entre los trabajos más desacreditados y estigmatizados (Arango, 2010).

La estigmatización en el trabajo sexual existe por la fractura en la conducta sexual esperada de las mujeres. Las trabajadoras sexuales rompen con el imaginario de la mujer pura y recatada. Así, el proceso de estigmatización hacia las trabajadoras sexuales reside en parte en la transgresión del rol asignado a las mujeres, asociado al mito de la mujer como madre (Lamas, 1995). Sumado a lo anterior, monetizar las relaciones sexuales (que han sido restringidas al ámbito privado) es transgredir y borrar las fronteras de mundos separados. Las trabajadoras sexuales están bajo sospecha y su trabajo es estigmatizado.

Las consecuencias de este estigma se develan en sentimientos como la vergüenza o la repugnancia que, de acuerdo con Nussbaum, marcan a ciertos grupos, como el de las trabajadoras sexuales. Así, la sociedad exige que se sonrojen por lo que son y por quienes son (Nussbaum, 2006).

Ahora, del otro lado, cuando se habla de los motivos del estigma en su trabajo, las trabajadoras sexuales, de forma habitual, exponen una idea contundente (que la afirman las mujeres de Asmubuli y que se escucha en otros escenarios del comercio sexual): “Nosotras cobramos por algo que otras hacen gratis”. Esta frase expone una razón poderosa para entender que el proceso de estigmatización no es una imposición que se recibe de forma pasiva. Si bien el trabajo sexual es estigmatizado, las formas en las que las trabajadoras sexuales resignifican esta marca son diversas, en algunos casos contestatarias y de resistencia, en otros casos de aceptación.

El trabajo sexual, en tal virtud, lo comprendemos como un proceso que no se corresponde con la venta del cuerpo, sino como la prestación de un servicio sexual¹¹, que requiere de un proceso de creación simbólica y afectiva para recrear la producción de intimidad.

11 En sus primeros escritos, el objeto de la crítica de Marx (1968) fue la mercantilización. Desde su perspectiva humanista en el capitalismo, el trabajo no solo produce las mercancías que están a la venta, sino que el trabajo en sí mismo se convierte en una mercancía. De esta parte del pensamiento marxista, algunas corrientes radicales del feminismo (autoras como Carole Pateman) han comprendido la prostitución como la compra y venta de cuerpos de mujeres como mercancías en el mercado capitalista. Sin embargo, como lo señala Van Der Veen (2001), en los escritos posteriores (especialmente en el Libro Primero de *El Capital: crítica de la economía política*) podemos conceptualizar la prostitución desde los aportes de Marx de una manera diferente, ya no como la venta de un cuerpo, sino como la venta del servicio de la fuerza de trabajo en la producción de un servicio vendido a los clientes. Es importante recordar que en *El Capital* (1975), Marx realiza planteamientos que se distancian de la idea de un sujeto del capitalismo para comenzar a plantear conceptos como el valor, el proceso del intercambio en el que el dinero se transforma en la medida de valor inmanente a las mercancías, entre otros conceptos.

Pero entrando en materia, ¿cómo se pueden traducir estas formas de negociación de los significados asociados por las trabajadoras sexuales al producto derivado de su trabajo?, ¿por qué es tan compleja la aceptación del dinero o el pago explícito en relaciones tradicional y exclusivamente asociadas a la reproducción y la intimidad?

La aceptación de la circulación del dinero en relaciones que han estado marcadamente separadas del mercado es motivo de sospecha y estigmatización. Así, pagar o recibir dinero a cambio de actividades relacionadas con el plano de la sexualidad es combinar el mundo económico con el plano íntimo, “contaminando” las relaciones; proceso que se enmarca, como lo menciona Zelizer (2011), en una separación que socialmente se hace de mundos que son hostiles entre sí, que deben estar alejados el uno del otro.

De este modo, además de la ruptura con los roles de género, las trabajadoras sexuales son estigmatizadas por otras dos razones relacionadas: 1) realizan una actividad en la que mezclan el mundo de lo íntimo (pensando en el plano de la sexualidad) con el mundo del trabajo, y 2) su actividad expone partes del cuerpo asociadas exclusivamente a la reproducción.

En primer lugar, al mezclar mundos socialmente separados, siguiendo el planteamiento de Zelizer (2005), estos se contaminan. En el trabajo sexual, la mezcla del mundo de la sexualidad con el del dinero es conflictiva, es la conjunción de mundos que son “hostiles”.

Esta separación de mundos, escindidos incluso por medio de mecanismos jurídicos y económicos, tiene como uno de sus objetivos mantener inalterados los mundos. La conjunción del mundo económico con actividades que pueden ser consideradas como íntimas ha generado siempre un repudio generalizado que se muestra a través de un rechazo (Zelizer, 2005).

Por ejemplo, remunerar el favor desinteresado que hace un amigo puede resultar incómodo en tanto la relación en esencia implica la separación de este tipo de interacciones con el dinero, así como en un matrimonio no se pacta algún precio por las relaciones sexuales; en caso contrario, se caería en una forma deshonrosa de relación que podría confundirse con la prostitución.

Así, según la perspectiva de los mundos hostiles, la sexualidad que pertenece al ámbito de la intimidad debe estar separada de relaciones económicas y laborales, porque de lo contrario –dice este planteamiento–, se cubren de un aire de inmoralidad.

En segundo lugar, y siguiendo con las separaciones simbólicas, en el ámbito del trabajo, de manera valorativa, existen consideraciones sobre los trabajos honorables y los trabajos sucios (Arango, 2010), en relación con las partes del cuerpo que son utilizadas para su ejecución. Estas distinciones dan sentido a la división entre formas limpias y sucias de adquirir el dinero (Zelizer, 2011).

Ahora bien, en trabajos considerados como femeninos, especialmente aquellos relacionados con el cuidado, existe una diferenciación entre trabajos honorables y otros que no lo son (Arango, 2010). Así, hay una clase de trabajos que gozan de prestigio, como aquellos ligados a la reproducción de la vida y al bienestar de las personas, como los del sector de la salud y de la educación; mientras que, en el sentido opuesto, existen tareas consideradas deshonorables e incluso sucias, asociadas a mantener las condiciones de vida, los objetos y espacios de reproducción social. La autora señala ejemplos como trabajos relacionados con el aseo, la limpieza y la alimentación.

La distinción entre trabajos honorables y descreditados, según expone Arango (2010), también está asociada a las partes del cuerpo que se utilizan en su desarrollo y su objetivo. En esta distinción, el trabajo sexual ocupa la posición más estigmatizada dentro de los trabajos sucios.

Siguiendo la lógica binaria de trabajos honorables/desacreditados o limpios/sucios, el trabajo sexual puede ser considerado dentro del segundo grupo, en función del carácter inmoral atribuido a sus características. En consonancia, el dinero recibido puede ser percibido como sucio. Lo cierto es que, como cualquier grupo estigmatizado, el proceso de descrédito del cual son objeto las trabajadoras sexuales no impide que existan constantes desplazamientos en los significados de sus prácticas y que, por tanto, la estigmatización como proceso social tome diferentes rumbos.

El dinero como portador de significados

Hablar directamente del dinero, a pesar de estar presente en todas las actividades de la vida cotidiana, incluso en los pensamientos, conversaciones cotidianas y en las formas en las que nos relacionamos, nos resulta en algunos momentos motivo de orgullo, en otros un tema difícil, incomodo ¿por qué?

Marcel Mauss, en su *Ensayo sobre el don*, advertía que el dinero, antes que un valor, tuvo una naturaleza mágica. El dinero, dice Mauss “está ligado a la individualidad de sus antiguos poseedores, así como a contratos llevados a cabo entre personas morales. Su valor es todavía subjetivo y personal” (1979:182). Mauss señaló que los significados sociales atribuidos al dinero tienen otras connotaciones en los intercambios sociales.

El dinero carga una serie de valoraciones que transmiten normas y valores. En la división simbólica del mundo, el dinero tiene significados de acuerdo con las connotaciones sociales, tanto de su obtención como de su destino, significados que adquiere o que las personas le atribuyen en el momento de la circulación.

Así, en algunos sectores sociales hablar sobre el dinero es motivo de pretensión profesional o indicador de éxito, en otros, el dinero puede ser motivo de sospecha: como lo

observó Wilkis al investigar los barrios populares en Buenos Aires, el dinero en ese mundo carga estigmas y prejuicios.

Ahora bien, pero ¿cómo entender el dinero como un medio que en sí mismo tiene significados sociales? Al respecto, el trabajo de Viviana Zelizer (publicado originalmente en inglés en 1994) que llevó por nombre *The Social Meaning of Money: Pin Money, Paychecks, Poor Relief, and Other Currencies*, se convirtió en una referencia obligada en el estudio de las lógicas sociales del dinero. La autora plantea que el dinero, a diferencia de los planteamientos de la teoría económica, tiene implícitas relaciones sociales que dan sus diversos significados.

Los planteamientos clásicos de la teoría económica consideraron el dinero como un intermediario impersonalizado, convirtiéndose en asunto objetivo y racionalizado; o como una determinación formal, de acuerdo a Kurnitzky (1992), quien considera que el dinero representa, visto desde una perspectiva marxista, el cabal dominio de las cosas enajenadas sobre las personas y, por tanto, aparta las relaciones sociales de la relación objetiva del individuo. Así el dinero es concebido como simple valor de cambio que impersonaliza y separa las relaciones sociales.

La propuesta de Zelizer (2005, 2011) resulta estimulante al considerar la forma en la que se construyen significados relacionados con un trabajo como el sexual, en el que se cuestiona la legitimidad de su actividad, así como su producto derivado: el dinero.

En el trabajo sexual el dinero es conflictivo porque es la evidencia o producto de sospecha; el dinero es tildado de fácil, de ilegítimo, y es que en el mundo del trabajo muchos de sus significados se relacionan con el sacrificio, con el “sudor de la frente”, y el trabajo sexual puede representar lo opuesto, aunque no sea de esta manera.

El dinero obtenido en el trabajo sexual es problemático porque es producto de un “trabajo fácil”¹², pero además, y más importante, es obtenido bajo la ruptura de los criterios sobre la sexualidad de las mujeres, sexualidad que debe estar restringida al ámbito de lo íntimo, fuera del mercado, y revestida de la pureza como virtud.

De tal forma, el dinero que obtienen las trabajadoras sexuales es la evidencia o prueba de un *trabajo corrompido*. Sin embargo, como objeto en el que se depositan significados, está sujeto a deslizamientos, a tratamientos simbólicos reflejo de las tensiones y negociaciones que, como trabajo subjetivo, las trabajadoras sexuales realizan desde su cotidianidad.

12 Me refiero a trabajo fácil siguiendo la creencia popular que asocia el trabajo sexual al dinero fácil. Asimismo se suele categorizar a quien realiza este trabajo como mujer fácil y a quienes lo realizan como “mujeres de la vida fácil”, nociones que demarcan los trabajos honorables de los desacreditados e ilegítimos.

En tal virtud, consideramos que el dinero en el comercio sexual puede significarse desde cuatro momentos de circulación: 1) el sentido que le atribuye el cliente al obtenerlo, 2) El sentido al momento de pagar los servicios sexuales, 3) el significado que le da la trabajadora sexual al recibirlo por la prestación de su servicio, y 4) al momento de ponerlo de nuevo en circulación.

El significado que se le puede atribuir al dinero está mediado por las implicaciones que tiene socialmente tanto su origen como su destino. Para las trabajadoras sexuales resulta problemático debido a que el dinero producto de su trabajo, retomando la idea de los mundos hostiles, es un dinero sucio, y por tanto sospechoso, que amenaza con afectar la identidad de quien lo posee. Así, la lógica de la sospecha actúa cuando las trabajadoras sexuales reciben y destinan altos ingresos que no se comparan con los de su medio social más cercano, como vecinos, amigos o familiares.

De tal manera, el dinero del trabajo sexual crea un manto de sospecha sobre su origen, desacreditando a su portador, en la medida en que hay formas legítimas e ilegítimas, sucias y limpias de conseguir y destinar el dinero.

De los significados del dinero al capital moral

En este entramado, ¿cómo las trabajadoras sexuales establecen el capital moral del que habla Wilkis, que les permite dar sentido a sus prácticas laborales? y ¿cómo el dinero es vehículo de este capital? Estos son los interrogantes que nos han llevado a considerar el dinero como una vía conceptual y metodológica para conectar diferentes segmentos de la vida social, de acuerdo con la propuesta de Wilkis (2015).

La circulación del dinero produce una jerarquía moral que nos obliga a comprender las conexiones y los usos que son atribuidos por las trabajadoras sexuales, para acercarnos a la comprensión de determinado capital moral que está en disputa.

Para esta investigación, en el sentido que lo plantea Goffman (1970), consideramos que existe una carrera moral para posicionarse dentro de un espacio social estigmatizado, que si bien este espacio, en el caso del trabajo sexual, está desacreditado socialmente, se reivindica por mujeres como las integrantes de Asmubuli que se identifican como trabajadoras sexuales y luchan por su reconocimiento, creando un campo en el que puede existir una nueva forma de valoración que jerarquiza y crea un orden moral.

Por lo tanto, es pertinente retomar el concepto de capital moral que plantea Wilkis (2015) y la propuesta de capital simbólico de Bourdieu, quien expone que este capital permite o da el derecho de entrada a cierta clase de transacciones económicas que no se lograrían de otro modo. En términos del autor, “las personas miden, comparan y evalúan todo el tiempo sus virtudes morales” (citado por Wilkis, 2015), por lo tanto, poseer esta clase de capital es una forma de reconocimiento que permite jerarquizar a las

personas en un campo social determinado con relación a los beneficios que este capital permite obtener.

El capital moral pone de manifiesto que existe una lucha entre las personas por los significados morales y las acciones que desarrollan en determinados contextos. Ahora bien, el capital moral tiene una utilidad especial al considerar los significados sociales del dinero, debido a que este es un vehículo, como lo manifiesta Wilkis (2015), que transporta virtudes y valores morales bajo diferentes formas de lógica, ya sea desde una manera estrictamente de mercado, pero también de significados varios que se atribuyen de acuerdo con la manera en que se significa una actividad económica.

Las trabajadoras sexuales realizan procesos simbólicos de resignificación del dinero y de su trabajo, atribuyen diversos sentidos, desde la resistencia hasta la aceptación del estigma que porta el dinero. En algunos casos existe una idea de “limpiar” el dinero de su procedencia sospechosa o “sucía”; en otros casos el dinero sigue su curso bajo la ruta de lo “sucio”. Las diferencias en las formas en que se atribuyen diversos sentidos al dinero trazan una jerarquía moral del mismo. Hay usos moralmente aceptables y otros reprochables, los cuales permiten tener una aproximación a la forma en la que las trabajadoras sexuales construyen el sentido de su trabajo y, finalmente, se apropian y de sus derechos.

II. La intimidación como trabajo: replanteamientos sobre el estigma y el dinero

Cuando habla del trabajo sexual, Fidelia señala: “Dios me la puso en el medio para mi remedio”¹³, reafirmando lo que ella considera un lugar de ventaja de su trabajo frente a los discursos que estigmatizan el comercio sexual. Lo que queda claro es que esta enunciación recoge una forma de hablar desde el estigma y atribuye otros significados.

Señalamos que los procesos de estigmatización en el trabajo sexual no son recibidos pasivamente por las trabajadoras sexuales y que, por tanto, como evidencia del complejo proceso de resignificación de sus prácticas, estas mujeres están inmersas en una carrera moral que tiene como objetivo resaltar normas y valores que son legítimos dentro de este campo social específico.

Dentro de la valoración dicotómica que separa simbólicamente a las mujeres “buenas” de las “malas”, sigue existiendo un sentido de valoración sobre lo aceptable y lo

13 Esta misma frase la retomó José Miguel Nieto Olivares en su texto titulado “Dios me la puso en mi medio para mi remedio: esferas públicas y producción jurídica de la ‘prostitución’ en la Colombia actual”, publicado en la Revista Colombiana de Antropología en el 2015.

reprochable dentro de este grupo de mujeres. Es decir, a pesar de realizar una actividad desacreditada, esto no impide que existan valoraciones sobre prácticas consideradas como aceptables o reprochables en este trabajo.

En este sentido, en las relaciones al interior del comercio sexual señalamos dos procesos significativos: 1) una renegociación y establecimiento de límites entre mundos que son hostiles, así como de la estigmatización, y 2) los límites de lo aceptable y lo reprochable se modifican dentro de este espacio social a partir de un capital moral que está en juego.

En primer lugar, en el trabajo sexual, la separación de mundos sucede, pero mediante diferentes estrategias en las que al dinero se le atribuyen variados significados.

Si los mundos de la sexualidad/reproducción deben estar separados del mercado, en el trabajo sexual muchas de las relaciones íntimas están traspasadas por una clase de racionalidad en la que se busca una retribución de lo que se considera valorado en el mercado. Si en una relación sentimental el plano íntimo debe estar libre de valoraciones económicas, para algunas trabajadoras sexuales ocurre lo contrario: no permiten que lo íntimo se mezcle con la valoración que hacen de su tiempo y de su trabajo. Como lo mencionó una trabajadora sexual integrante de Asmubuli:

Yo salía con un muchacho, pero que pasa después que a uno le gusta esa persona, obviamente uno tiene que bañarse, uno tiene que pagar recibos. Entonces ¿qué hice?, usted sabe que cada salidita conmigo no son de diez mil ni de veinte mil pesos, entonces vamos a hacer una cosa, usted me gusta y todo, pero igual usted sabe que yo necesito pagar arriendo, entonces de ahora en adelante si usted quiere estar conmigo, si usted quiere tener una relación me da mensual 200, 300, me da algo mensual porque pues igual usted sabe, mi tiempo. (Grupos de Discusión, Asmubuli, septiembre de 2016)

Lo anterior no se traduce en que las trabajadoras sexuales no consoliden lazos de afecto con sus clientes o con personas fuera de su trabajo. Al igual que lo deja ver la mujer de la entrevista citada, aunque pueda existir algún nivel de intimidad, la prestación de servicios sexuales tiene un costo que es medido en dinero o en ventajas que se pueden materializar a futuro. El mundo del trabajo les ha permitido valorar de forma diferente el mundo de la intimidad. En este mismo sentido se expresa otra trabajadora sexual:

Clara: En mi caso [...] yo a él ya le tengo una cuota fija de lo que él me tiene que dar, y a veces le aumento, a veces le saco.

Entrevistador: ¿Pero eso tú lo consideras como parte de tu trabajo?

Clara: No, eso yo lo considero como una ayuda. No lo considero como trabajo, porque trabajo es lo que yo recibo, por decir, celulares, la plata que yo me hago, y eso ya lo considero como un adicional, no como trabajo porque si yo estoy con esa persona, no lo hago por trabajo ni por tenerlo, atenderlo como un cliente, sino por algo más, por sentimientos, porque la paso rico. Uno tiene que ser sincero, uno con los clientes no siente

lo mismo, pero de pronto con esa persona ya a uno le gusta, entonces yo ya no lo cojo como trabajo sino como ya, es como mi vida personal y ya lo otro es trabajo. (*Grupos de Discusión, Asmubuli, septiembre de 2016*)

En el trabajo sexual existen clientes que tienen mayor grado de cercanía, denominados *amigos*. Esta clase de clientes tienen más privilegios, como gozar de la compañía de las trabajadoras sexuales en otros espacios, como el cine, restaurantes... incluso gozar de afectos legítimos y compartidos. Sin embargo, en contrapartida, reciben el dinero transformado no ya con el nombre de pago, sino de ayuda. Se crea una forma de borramiento del sentido atribuido al dinero y el pago que resulta sospechoso del comercio sexual se traduce en otros términos.

En segundo lugar, lo que se considera como aceptable o reprochable se construye a partir de códigos morales en el comercio sexual, como también una jerarquización a partir de un capital moral que está en disputa.

Uno de los valores que están en disputa y que se revalorizan en el comercio sexual es la autonomía, en sus diferentes expresiones. De acuerdo con el material derivado de los grupos de discusión realizados en el segundo semestre de 2016 con mujeres de Asmubuli, notamos que uno de los temas alrededor de los cuales las trabajadoras sexuales valoran su trabajo es la independencia y la autonomía.

Para muchas de estas mujeres, el trabajo sexual ha resultado no solo ser una salida a sus premuras económicas, sino que además les ha permitido deconstruir nociones sobre la autonomía que previamente no tenían. Como lo relata una trabajadora sexual:

En esta vida, por un lado, es bueno como que uno se despierta más, como que uno comienza a ser más inteligente, y por otro lado es malo porque uno conoce muchos vicios [...] y los peligros son muchos [...]. (*Grupos de Discusión, Asmubuli, septiembre de 2016*)

El proceso de autonomía es valorado por este grupo de mujeres en dos sentidos. Por un lado, se cuestionan la posibilidad real que tienen ante las circunstancias materiales y de desigualdad social, aunque resulte peligroso. En este contexto el trabajo sexual resulta la mejor de las posibilidades que tienen a su alcance. Por otro lado, el trabajo sexual es percibido como una posibilidad de desligarse de relaciones de dependencia (como con sus parejas emocionales) o con injusticias percibidas en sus anteriores trabajos:

Conocemos casos de otras parejas, el hombre es el que paga todo, quizás en nuestro caso también lo pueden hacer, pero a nosotras no nos gusta depender de nadie. Que yo me voy a vivir con alguien y que usted me va a dar todo, entonces el man se va a creer con el derecho a decirme si yo voy a salir tal día: no, que usted no puede salir, o no, es que yo a usted le estoy dando tal cosa, no, es que yo estoy pagando el apartamento, o no, es que yo le estoy dando un plato de comida. Por ejemplo a mí no me gustaría,

entonces para evitarme esos problemas es mejor gastos compartidos. (*Grupos de Discusión, Asmubuli, septiembre de 2016*)

Pero el trabajo sexual no es una forma idealizada de autonomía. El proceso de estigmatización tiene sus consecuencias, en especial en la relación que las trabajadoras sexuales tienen con personas cercanas como sus familias, como queda en evidencia en una afirmación realizada por una trabajadora sexual:

Mi mamá me lo cuidaba [a su hijo] pero ella me cobraba una cuota mensual y lo que yo hacía era recoger y cada ocho días girarle a mi mamá, todo el dinero, yo me quedaba por ahí con 20 o 30 mil, el resto era para ella [...]. Yo pensaba que era plata mal habida pero mi hija necesitaba leche y de todo, entonces ¿yo que hacía? Pues cobrar y mandarle la plata para las cosas, igualmente ya tenía mi hija y no podía hacer nada, sacarla adelante porque qué más. (*Grupos de Discusión, Asmubuli, septiembre de 2016*)

La relación con las familias y con sus hijos pone al descubierto una de las formas en las que se concretan los efectos de la estigmatización, y que a su vez produce que el dinero tome un sentido de dinero sacrificado. Este dinero sacrificado obtiene su legitimidad en el mito de la mujer como madre que, como dice Lamas (1995), es aquel mito de la omnipotencia materna que tiene asidero en el amor incondicional, que todo lo sacrifica.

Yo a mi mamá le mando 500 por la cuidada de mi hijo [...] Uno cuando está trabajando tiene que estar libre de problemas [...] entonces por eso yo trabajo todos los días, porque mi mamá me llama, mi hijo me llama decirme mamá tengo hambre, no tengo plata, no tengo nada, así hace dos días le haya mandado. Ahora que le comencé a dar a mi mamá, entre más le doy es peor. La acostumbré como a ese sueldo, entonces si le mando menos entonces soy una mala hija, no le sirve. Le mando más y no le alcanza, entonces me pone a correr para aquí y me pone a correr para allá. (*Grupos de Discusión, Asmubuli, septiembre de 2016*)

Al realizar un trabajo como este, el dinero entonces posibilita la expiación de una culpa sostenida por la ausencia o por la ruptura con los roles asociados a la maternidad. En tal virtud, la autonomía tiene sus límites, aunque es claro que no necesariamente se trata de una característica exclusiva de este trabajo, y el dinero, como la prueba del sacrificio al realizar una actividad que, aunque desacreditada, permite cumplir con el rol de la maternidad.

Carrera moral entre trabajadoras sexuales

En el trabajo sexual, si bien existen negociaciones sobre las categorías sociales, se crea una propia lógica en donde se intenta separar el mundo del trabajo del afectivo, lo cual no siempre resulta muy claro.

Así, existe un sistema social de clasificación que ordena lo apropiado de lo repudiado. Por ejemplo, en este trabajo el contacto con ciertas partes del cuerpo está restringido, como los besos, que para las trabajadoras sexuales son exclusivos para personas con quienes se comparte una relación más íntima, como su pareja.

Asimismo, sentir placer en las relaciones sexuales con los clientes es otra restricción o regla dentro de la moralidad propia del trabajo, según lo han manifestado en varias oportunidades algunas trabajadoras sexuales entrevistadas. En caso de ser transgredidos estos límites, se traspasa la frontera moral del trabajo sexual; lo que en principio es visto como una actividad emprendida por necesidad, ya no lo es, es por placer¹⁴, parámetro que separa a las buenas de las malas mujeres, así sean todas trabajadoras sexuales.

Así como el placer queda excluido como tema para algunas trabajadoras sexuales, el uso del dinero para fines recreativos y ociosos es permanentemente vigilado. Prácticas como ingerir alcohol, consumir drogas o destinar dinero en bienes y servicios del mercado considerados como lujosos pueden poner a una trabajadora sexual en los límites de la sospecha moral por parte de sus compañeras.

Al traspasar estos límites, de acuerdo al sentido que atribuyen estas mujeres al trabajo, se puede pasar fácilmente de realizar una actividad económica por necesidad a ser mujeres con “principios morales dudosos”, por disfrutar y sentir placer en el desarrollo de su trabajo¹⁵.

Finalmente, unas de las distinciones más importantes al interior del comercio sexual se presenta en la estratificación, que depende generalmente del lugar en el que se ofrecen los servicios sexuales. Esta jerarquización clasifica a las trabajadoras sexuales a partir de una distinción social que deviene de las condiciones en las que prestan sus servicios. En este proceso de estratificación, quienes están en la parte inferior generalmente son las trabajadoras sexuales de calle, luego quienes trabajan en establecimientos y, finalmente, las trabajadoras sexuales de élite: modelos, actrices porno y bailarinas exótica (Gall, 2007).

En el caso del Santafé, la división entre trabajadoras sexuales está entre quienes ofrecen sus servicios en la calle y quienes lo hacen en establecimientos. Esta división ha funcionado como una manera de diferenciación simbólica que algunas trabajadoras sexuales usan (especialmente aquellas que trabajan en establecimientos) para desmarcarse de las que usan la calle como forma de contactar a sus clientes.

14 El placer puede o no estar presente en las relaciones de las trabajadoras sexuales, pero como discurso es un tema que permite diferenciar entre estas mujeres quienes realizan un trabajo legitimado por la idea de necesidad y quienes llevan una vida licenciosa o pecaminosa.

15 Es necesario mencionar que la directora de Asmubuli planteó como una de sus reivindicaciones el placer en el trabajo sexual con clientes, sin embargo, otras compañeras tienen una perspectiva más definida sobre la diferenciación del mundo del trabajo de la dimensión afectiva y del placer.

Para algunas trabajadoras sexuales que prestan sus servicios exclusivamente en establecimientos, trabajar en la calle les otorga un menor prestigio, tanto en el plano económico como en el entorno social.

Para aquellas que trabajan en establecimientos¹⁶ resulta más conveniente debido a que pueden sentirse más protegidas y, eventualmente, pueden cobrar más por sus servicios. Además, se resguardan del estigma de *ser de la calle*. El lugar de trabajo las posiciona frente a las compañeras que están ubicadas en las calles o en los estacionamientos de las residencias esperando los clientes.

Para aquellas, las mujeres que denominan como de calle son asociadas al peligro y la violencia, aunque en los establecimientos también puedan presentarse situaciones relacionadas con estos aspectos. Es posible entonces que la distinción se realice más como una manera de desmarcarse de otras formas de trabajo sexual más desacreditadas.

El chisme y el rumor como forma de distinción

En el contexto del barrio Santafé se mezclan muchas personas y actividades, tanto legales como al margen de la ley: el microtráfico de drogas, el robo, la delincuencia común... En un informe presentado por la Dirección Técnica de Salud y Bienestar Social de la Contraloría (2004) se afirma que en esta zona de la ciudad el negocio de alucinógenos es una de las más grandes actividades económicas. Aunque, como lo señala Salcedo, Suarez y Vallejo (2010), en este barrio existe un pacto implícito de convivencia entre los habitantes regulares y los delincuentes, sin que por esto las trabajadoras sexuales dejen de tomar medidas de precaución y de selección de sus clientes.

Las trabajadoras sexuales, además de conocer como interactuar con los clientes, aprenden, como lo señala Salcedo, Suarez y Vallejo (2010) a “no dar papaya”, expresión que denota una forma socialmente incrustada en la cultura colombiana que alude al cuidado y estar alerta frente a la inseguridad y la violencia.

El *no dar papaya* implica una forma de cuidado frente a posibles riesgos, que generalmente están asociados a la delincuencia o de un cliente potencialmente violento. Es llamativo, que la forma en la que se puede concebir el cuidado respecto a los peligros y amenazas latentes en el Santafé se dan desde diferentes posiciones.

16 Las distinciones entre calle y establecimiento las hemos rastreado a lo largo de diálogos informales con trabajadoras sexuales que realizan su trabajo exclusivamente en establecimientos. Sin embargo, la distinción de acuerdo con el lugar de trabajo es más explícito en los talleres de derechos humanos y desarrollo personal que antes dirigía la Secretaría de Integración Social y que ahora lo hace la Secretaría de la Mujer. En estos espacios, generalmente es mayoritaria la asistencia de trabajadoras sexuales que trabajan en establecimientos debido a que las convocatorias tienen más receptividad y mejor difusión cuando se hace directamente en los establecimientos. Los talleres en los que se hizo presencia en el primer semestre de 2017 fue común, igualmente, observar la presencia de administradores y administradoras, así como meseros y meseras que trabajan en algunos establecimientos del sector.

Si bien como lo señala Salcedo, Suarez y Vallejo (2010), para algunos habitantes del sector, las trabajadoras sexuales son, en sus representaciones, la cara visible de la marginalidad y la maldad, al interior de las diferentes formas de trabajar sexualmente también existe una lógica de peligro y amenaza que ubica en el lugar más desacreditado a las trabajadoras sexuales que contactan a sus clientes en la calle.

En algunas conversaciones informales con algunas trabajadoras sexuales que permanecen exclusivamente en establecimientos¹⁷ señalaron que las trabajadoras sexuales de la calle son *cuchilleras*¹⁸ o que inspiran miedo porque conocen más el ambiente de peligro, y aunque no suceda de esta forma, quienes trabajan en la calle, no necesariamente desmienten estos rumores porque es un estigma que las puede proteger de quien quiera vulnerarlas¹⁹.

Frente a este aspecto, el rumor opera para mantener cierto sentido de las normas. Sin bien el rumor opera como una forma de dañar la imagen de las personas, también funciona, como lo afirma Hannerz (1993) como una manera de mantener afuera a los intrusos debido a que “carecen de conocimientos acumulados sobre las personas y su pasado que son la base del rumor como arte notable” (Hannerz, 1993 :213).

La forma que se personifica el chisme sobre las trabajadoras sexuales que trabajan en calle es una forma en la que, como comunidad que encarna un estigma, cohesionan en cierta forma y crea maneras de organización y protección mutuas entre compañeras. Como lo señaló una trabajadora sexual de calle integrante de Asmubuli: “Cuando se meten con una se meten con todas”²⁰.

Lo cierto es que, en el Santafé reina una normatividad en la que lo legal es reemplazado por una ley del silencio en la que las personas prefieren mantenerse alejadas y no quieren involucrarse en la medida en la que sea posible de algún conflicto y aunque la policía hace presencia en el barrio los relatos de violencia están constantemente presentes en los relatos de las trabajadoras sexuales y en las personas que visitan el barrio.

17 Tomado de los diarios de campo de Laverde realizados a partir de los talleres dictados en La Secretaría de la Mujer a comienzos del 2017.

18 Este adjetivo hace referencia a que portan cuchillos o puñales con los que se defienden. Aunque esto es una generalización.

19 Como rumor, existe una generalización sobre el comportamiento violento de las trabajadoras sexuales en calle lo cual no es cierto del todo. En el caso de una trabajadora sexual que trabaja en calle que entrevistó Laverde el primer semestre de 2017 en La Casa de todas manifestó que, en el caso de ella, así como de otras compañeras, el portar cuchillo o puñal es parte de las herramientas imprescindibles para su trabajo, en esta entrevista la mujer manifestó que el cuchillo era una extensión de ella, le permitía sentirse segura en el ambiente en el que se movía. Sin embargo, como es el caso de muchas otras trabajadoras sexuales, prefieren no meterse en problemas y evitan a como dé lugar cualquier clase de conflicto.

20 Tomado del diario de campo y observaciones realizadas en Asmubuli en el segundo semestre del 2016.

Conclusiones preliminares

Hasta acá lo que hemos planteado es una ruta posible mediante la cual delineamos una posibilidad teórica y metodológica de comprender la forma en la que trabajadoras sexuales se apropian subjetivamente de sus derechos. Aunque en este documento no está expuesto como entiendo este proceso, me parece pertinente señalar que apunta a una forma en la que, a partir de prácticas y discursos en el trabajo, este grupo de mujeres que buscan el reconocimiento de su actividad, no solo en el plano legal sino social, han comenzado a “sentir el derecho”²¹, esto mediante diferentes expresiones, una de ellas son las prácticas relacionadas con el dinero que en este documento se expone.

La propuesta es una mirada sobre un fenómeno particular que aún ha sido muy poco explorado²² pero que requiere más investigación debido a que, el mundo simbólico atribuido al dinero contiene múltiples significados que permiten entender y complejizar la forma en la que grupos estigmatizados como las trabajadoras sexuales buscan formas de reconocimiento.

En este sentido, estudiar los significados del dinero en este tipo de mercados permite que, así como la ley expresa aspiraciones normativas y morales de un orden social deseado, los actores sostengan reglas implícitas y explícitas reguladas por mandatos sociales, no muy alejadas de las pretensiones del derecho, tal como lo hemos planteado en investigaciones previas (Tirado, Laverde y Bedoya, 2019).

Por tanto, el dinero vinculado a las transacciones y circulación de los mercados es una herramienta útil, incluso metodológicamente, para rastrear los significados que los actores atribuyen a determinados intercambios. Así, hay significados que reproducen imaginarios colectivos sobre múltiples dimensiones sociales, como el trabajo.

Referencias bibliográficas

Arango, L. (2010). Género e identidad en el trabajo de cuidado. En E. de la Garza Toledo y J. C. Neffa (Coord.), *Trabajo, Identidad y Acción Colectiva*. (pp. 81-107). México: Plaza y Valdés.

21 Pensar en el sentido del derecho surge en un contexto jurídico en Colombia y particularmente en Bogotá que ha llevado a una disputa social y legal por el acceso a derechos laborales del trabajo sexual.

22 Me parece necesario señalar entre los últimos trabajos sobre trabajo sexual y dinero el trabajo de María de los Angeles Puglia titulado “Quería que le limpiaran todo, la casa y el sable”: del servicio doméstico a la construcción subjetiva de la prostitución como oficio en Argentina”, publicado en 2017 en la Revista de Estudios de Género del PIEM- Colmex.

- Contraloría de Bogotá. Dirección técnica de salud y bienestar social. (2004) “Estudio Sectorial la Prostitución como problemática social en el Distrito Capital”. Disponible en: <http://www.contraloriabogota.gov.co/>
- Escalante, F. (2017). *Historia mínima del neoliberalismo*. México D. F.: El Colegio de México.
- Gall, G. (2007). Sex worker unionisation: an exploratory study of emerging collective organization”. *Industrial Relations Journal*, 38(1), 70–88.
- Hannerz, U. (1993). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. España: FCE.
- Kurnitzky, H. (1992). *La estructura libidinal del dinero: contribución a la teoría de la femineidad*. México: Siglo XXI.
- Lamas, M. (1995). ¿Madrecita santa? En E. Florescano. (Coord). *Mitos Mexicanos*. Nuevo Siglo.
- Marx, C. (1975). *El capital: crítica de la economía política*. Argentina: Siglo XXI.
- Marx, C. (1968). *Manuscritos y filosóficos de 1844*. México: Editorial Grijalbo.
- Mauss, M. (1979). *Sociología y antropología*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Nussbaum, M. (2006). *El ocultamiento de lo humano: Repugnancia y vergüenza*: Buenos Aires. Katz Editores.
- Puglia, M. (2017). Quería que le limpiaran todo, la casa y el sable: del servicio doméstico a la construcción subjetiva de la prostitución como oficio en Argentina”. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género*, 3(6), 127-158. <http://dx.doi.org/10.24201/eg.v3i6.156>.
- Salcedo, A., Suarez, C., Vallejo, E. (2010). Faces da ilegalidade em Bogotá. *Tempo Social, revista de sociología da USP*, (22)2. 123-142.
- Tirado, M., Laverde, C., y Bedoya, J. (2019). Prostitución en Colombia: hacia una aproximación sociojurídica a los derechos de los trabajadores sexuales. *Revista Latinoamericana de Derecho Social*, 29, 289- 315.
- Van Der Veen, M. (2001) Rethinking Commodification and Prostitution: An Effort at Peacemaking in the Battles over Prostitution. *Rethinking Marxism*, 13(2), 30-51.
- Vigarello, G. (1991). *Lo limpio y lo sucio: la higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial.

- Wilkis, A. (2016). Sobre el capital moral. El itinerario de un concepto. *El taco en la brea*, 3(3), 172-176.
- Wilkis, A. (2015). Sociología moral del dinero en el mundo popular. *Estudios Sociológicos*, 33(99), 553-578.
- Zelizer, V. (2005). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zelizer, V. (2011). *El significado social del dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

